



# La mariposa

Eduardo Muslip

En esta mesa se puede fumar, dijo él; se acomodó en la silla, dejó el diario y se dispuso a sacar un cigarrillo, como si con ese gesto se abriera la posibilidad de todo un futuro mejor. Entonces empezó a hablar. Él había trabajado muy concentrado y silencioso toda la mañana y quería hablar y fumar. Ella se arrepintió por haber aceptado ir al café en la pausa del trabajo; al revés que él, durante las últimas horas había hablado muchísimo. Hubiera querido destinar ese rato a mirar pasar la gente en la calle, o ni siquiera, tal vez sólo mirar la calle mientras la gente pasaba. Y había dejado de fumar. Su compañero golpeaba un poco el cigarrillo que había sacado, como si eso mejorara la calidad del cigarrillo mismo y del acto de fumar, y producía la pequeña llama del encendedor, y el humo, y traían café y hablaba; ella también hablaba, pero poco, y el tiempo fue pasando. Lo que ella dijera no importaba mucho; en ese sentido él no era como la gente que se acercaba a su escritorio, no le demandaba ninguna respuesta útil sino un par de palabras que sólo servían para que él luego cubriera extensamente su turno, así que la situación no estaba tan mal. La atención de ella circulaba por el café sin detenerse demasiado en ninguna parte, ni siquiera en las imágenes del televisor instalado cerca del techo, y él se puso a leerle algo del diario, y era notable cómo las palabras que provenían del apretado párrafo de ordenadas líneas también aleteaban erráticas alrededor de la mesa, sin que sintieran la necesidad de ahuyentarlas.

Entonces entró la mariposa. Su itinerario tenía un rumbo tan poco cierto como el de la voz de él o como el de la mirada y la atención de ella, que recordó el documental norteamericano que había visto el día anterior: algunas mariposas sí tienen un rumbo cierto, van desde el sur de México hacia el norte, cruzan la frontera con Estados Unidos, y viajan mil kilómetros más. Tardan tres

generaciones en llegar, y otras tres en volver. Eso la había asombrado. ¿Cómo es posible que lleguen, así revoloteando? ¿Serían mariposas de vuelo regular? ¿Es posible andar por ahí distraídamente, como la mariposa del café, y a la vez hacer algo que implica tener un claro proyecto, una decisión que puede llegar a trascender la propia vida, e involucrar incluso a varias generaciones?

Comentó que había mariposas que migraban desde México hacia Estados Unidos. Él respondió, feliz:

—¿Las dejaron pasar sin pasaporte? ¿No les echan insecticida?

Uno de sus temas preferidos era lo mal que Estados Unidos se portaba con el mundo, y ella no quería hablar de eso. Tampoco le gustó la referencia al insecticida; nunca había pensado en las mariposas como insectos, aunque siguen las metamorfosis de todo insecto, que no existen en los seres humanos, bien descritas por el documental. Las mariposas migratorias la habían impresionado, pero no tanto como las que no cumplen con todas las etapas de las metamorfosis genéticamente previstas. Ciertas orugas, informaba con pesar el documental, no llegan a ser mariposas. Algo en ellas se confunde, y se dedican a gozar del sol y de su vida voraz y rastrea y continúan creciendo en su estadio de orugas; aumentan su tamaño varias veces más del que alcanzan cuando deberían transformarse. Una vez que pasa ese momento, pierden para siempre la posibilidad de convertirse en mariposas:

siguen viviendo en los árboles, bien visibles sobre las ramas, como si disfrutaran de sentir el calor en su cuerpo blando y tan blanco a pesar de estar siempre al sol, hasta que las alteraciones metabólicas les hacen perder su típica voracidad de orugas y dejan también de tomar agua, y mueren deshidratadas. Las escenas habían sido filmadas en un zoológico de Florida destinado exclusivamente a mariposas, y ella tuvo el impulso de comentarlo, pero eso

hubiera implicado seguir hablando de Estados Unidos, así que no lo dijo.

En la mesa había una taza, debajo de la taza un pequeño plato, al costado otro plato más pequeño, con un bollo de papel metálico, que había contenido un muy pequeño alfajor. Un poco más a la izquierda estaba un cenicero. La mariposa se posó sobre el plato donde había estado el alfajor. El compañero hablaba y hablaba, y debajo de él se distribuían esas redondeces: los platitos, la taza, el cenicero. El cigarrillo iba y venía, daba vueltas respetando los movimientos de la mano, y se depositaba a veces en el cenicero. Después reemprendía el limitado vuelo, siempre dirigido por la mano áspera del hombre. Ella reparó en esa mano, que no parecía pertenecer en absoluto a una persona locuaz, esos dedos tan fuertes y silenciosos, y que hacían lo que se les ordenaba sin comprometerse mucho con la tarea que les estaba asignada, como obreros que a la vez obedecen y desprecian a su jefe. Ella vio también el riesgo de que la brasa llegara a las alas lentas de la mariposa, que seguía en el platito donde había estado el alfajor, tan cerca del cenicero. El entusiasmo del hablante iba en aumento —empezó a hablar sobre otros compañeros de trabajo—; su cerebro iba destinando cada vez menos recursos a atender a las tareas mecánicas, como mantener el itinerario correcto del cigarrillo, y en cualquier momento podía haber una falla, y los dedos y la brasa se dirigirían hacia el plato donde estaba la mariposa.

Ella notó que en el televisor pasaban imágenes de una guerra. Llamas que salían en medio de una nube negra. Unas imágenes de gente desesperada. No debía haber mariposas en ese lugar: tanto sol, tanta sequedad, tanto calor, y ahora ese humo horrendo y más calor con los incendios y aparecían esas llamas anaranjadas que no podían sino recordarle la mariposa que estaba a punto de ser quemada por la brasa del cigarrillo del compañero que hablaba y hablaba.

—Pobres, esas mujeres desesperadas— dijo él, protector.

A ella siempre le había molestado ese tono piadoso; a veces él se acercaba hasta el escritorio de la recepción donde la veía hablar con los clientes y le dirigía una mirada compasiva como queriendo decirle qué trabajo horrible el tuyo. Ella miró de nuevo el televisor; en efecto, esas personas desesperadas eran todas mujeres. Le fastidió eso de las mujeres desesperadas. Debía haber también unos cuantos hombres pasándola muy mal por ahí. Hubiera mandado a su compañero a ese lugar para que se desesperara un poco.

De golpe notó que la mariposa ya no estaba en el plato. Ni en el cenicero. Ahí habían quedado los restos del cigarrillo. Tan poco tiempo había bastado para que éste sufriera una profunda transformación. Pensó en las tres etapas del cigarrillo, sus metamorfosis: primero el prolijo objeto industrial similar a otros, con el suave olor del tabaco fresco; luego el recesivo soporte de la brasa, móvil, desplazándose por el aire, alrededor de una persona; por fin, ese resto irregular aplastado en el cenicero, a veces algo zigzagueante cerca de la punta quemada, maloliente, inmundada. Sus tres olores tan claramente distintos.

Él también miraba el cenicero.

—No tenemos tiempo de fumar otro cigarrillo. Ni de pedir otro café.

“¿Tenemos?”, casi dijo ella. Él la miró en silencio, tal vez como si buscara que lo ayudara a decidirse. En ese breve silencio compartido ella sintió que se abría la posibilidad de un contacto diferente. Él era una persona distraída, más distraída que ella: se distraía con el café, con los compañeros de trabajo, con Estados Unidos. Ella no se distraía así: nunca dejaba de pensar en sí misma. Sin embargo, él había conseguido distraerla por un momento, al punto que ella sólo había visto en él al portavoz de esos temas tan poco interesantes. ¿Cómo sería él en una escena amorosa? Se imaginó el cuerpo entero del hombre dedicándosele muy contento, con interés y energía. Le miró nuevamente las manos, que descansaban sobre la mesa, a la expectativa de que sucediera algo distinto; no querían seguir siendo los instrumentos de alguien que apenas les hacía producir movimientos sin ningún objeto en conversaciones triviales. Ella quiso que la pausa empezara de nuevo; sintió que, de alguna manera, había perdido el tiempo.

—Te espero a que fumes otro, si querés —le dijo, mirándolo sólo fugazmente; hizo como que el televisor le llamó la atención de nuevo. Él pareció vacilar un instante, y luego negó con la cabeza. Pagaron y fueron hacia la salida. Al llegar a la puerta, ella se dio vuelta y echó un vistazo por el lugar.

—La mariposa salió por la ventana —dijo él. Ella se sobresaltó. Qué mariposa, casi le pregunta, pero se contuvo. Salieron del café.

